

Tristán de Athayde.

Las tres poetisas del sur

(Traducido del portugués por Arturo
Vieira, especialmente para «Atenea»).

EL hombre ha vivido en constante jornada, siempre va-
gando por la tierra. Arqueólogos y etnólogos nos lo
muestran en eternas migraciones. La historia revela que el ais-
lamiento fué siempre una excepción y que siempre los indivi-
duos se buscaron para juntarse en bandos. Los bandos crecie-
ron, las tribus disputaron o se aliaron, y las razas vivieron en
peregrinaciones, de región a región, de continente a continente,
atravesando desiertos o florestas impenetradas, océanos y mis-
terios temerosos; porque nunca el hombre reposó, imitando
inconscientemente la agitación prehistórica de la tierra. ¿Alcan-
zará algún día la inmovilidad creciente de ésta, desde aquel
movimiento gigantesco de continentes de que habla Wegener,
hasta la inmutabilidad casi integral de hoy? No lo creo, aunque,
a medida que crecen los medios de comunicación entre hom-
bres, el hombre menos se inquiete. Parece lo contrario, pues
los viajes son cada vez más fáciles y frecuentes, y a la inmi-
gración debe al fin la América su vida. Pero también, en vir-
tud de esa facilidad creciente de comunicaciones, no necesita
el hombre, una vez instalado, salir de su rincón de tierra, para
tener al mundo delante de él. Antaño eran pueblos en masa
los que se trasladaban de uno a otro punto, continentes ente-

ros, por decirlo así, los que se rebalsaban en otros continentes.

Africanos en plena Europa, en períodos geológicos primitivos; egipcios irradiando por el mundo hacia el oriente y dejando a cada paso vestigios de su civilización hasta en las desiertas islas del Pacífico; indianos rebasando por las estepas y fecundando cada región del Viejo Mundo; árabes huyendo de sus llanuras risueñas o estériles y, en cien años, lanzándose al corazón de Francia; y las cruzadas cargando la flor del Occidente al Oriente; y las navegaciones llevando rayas opuestas frente a frente, y la sorpresa de nuevas civilizaciones, de vestigios perturbadores, de pueblos mucho más adelantados o ya decadentes, de formas africanas en América, de elefantes grabados en las rocas en pleno Méjico, y tal vez, tal vez de todo un continente ignoto, sumergido quien sabe después de qué catástrofe, después de qué angustia de una cultura que se sentía morir radicalmente, hasta su esencia!

Antaño vivían los hombres así; pero según parece, el exceso de movilidad y el desenvolvimiento de medios materiales y morales de aproximación, los van lentamente inmovilizando. Antaño, por oír la palabra de Abelardo, millares de hombres partían de cada rincón de Europa. Para ir a estudiar a Boloña o a Oxford, los hombres emigraban de sus países. Hoy el libro lleva a cada rincón del mundo la palabra de cada sabio o de cada poeta y las universidades se multiplican. Antaño el mundo era un misterio, cada viaje una revelación. Gabineau aún vivía mil vidas en cada hombre nuevo, en cada masa de nuevos hábitos que descubría. Y aun hoy Ossendowsky repite esas sorpresas delante de nosotros para que veamos cómo ese misterio está lejos de ser conocido. Las embajadas, de rey a rey, eran verdaderos acontecimientos, cargadas de regalos, alistando flotas, equipando centenares de siervos o soldados para el séquito, pasando meses y años vagando por el mundo, como aquel embajador español que en el siglo XVII fué a buscar la alianza del Sha de Persia y que no volvió a ver su tierra después de diez años de peregrinación por el camino de las Indias.

Hoy el mundo pierde cada día un poco de su pintoresco oculto. Cada sentido va encontrando, a distancia, su satisfacción. Ya la inteligencia encontrará en la prensa y el libro, por lo tanto, el medio de hablar al alma, independiente del tiempo o del espacio.

Ya el telégrafo había suprimido en gran parte la ansiedad de la expectativa. Ya el teléfono empezara tímidamente a llevar su voz a lo lejos. Hoy sabemos que alrededor de nosotros palpita todo el mundo, todo el universo se reproduce en nuestros sentidos. Sólo nos falta la capacidad para captar esas ondas invisibles, insensibles, a que se redujo al fin toda la naturaleza y toda la vida exterior y hasta un poco de la vida psíquica. El mundo está aquí, a mi alcance, rodeándome, tocándome, penetrándome. Nada se esconde, nada se pierde, todo deja en el espacio la señal de su paso, y lentamente vamos perfeccionando con aparejos el aguzamiento de los sentidos preexistentes, si no de nuevos sentidos. Se pensaba, se sentía la distancia. Hoy la distancia se oye, se ve. Mañana se le respirará, se le tocará, en un coro unísono de sentidos. Y esa civilización material, al fin secundaria, — pues los grandes problemas morales y trascendentes son siempre los mismos, — tal vez vuelva a aislar a los hombres por lo innecesario de los contactos personales, anulando aquella sociabilidad que ella misma provocó, y creando una sociabilidad nueva, de consecuencias imprevistas, a no ser a la fantasía.

Pues bien. Aun teniendo en cuenta esa recíproca penetración, nunca los hombres perdieron sus diferenciaciones recíprocas, buscando siempre o razones de excluir, o motivos de juntar. Y fué así como los continentes buscaron adquirir una personalidad, o por lo menos descubrir la personalidad que acaso el tiempo les hubiese hecho adquirir.

«El Asia es una» dice Okakura Kakuso al abrir su gran libro, Frobenius hace la apología del África y busca descubrir, entre sus tribus salvajes, no sólo la fisonomía de aquellos que llamó «África desconocida», sino toda una teoría de cultura. De la Península Ibérica, de ese áspero rincón de Cataluña, levanta

Eugenio d'Ors su palabra de filósofo y de latino para defender el patrimonio de la cultura europea, invocando ante los espíritus de Granada una de las «señales de cultura» del Viejo Mundo, a fin de que defiendan la frontera de la vieja patria europea.

Y otros muchos, al lado de esos espíritus, buscan la forma o el alma del continente de que son hijos, del que se sienten hijos.

¿Y nosotros aquí, en América? ¿Acaso podemos hablar de un sólo continente?

No lo creo. Hay, sin duda, una solidaridad política que debemos estimular, que debe ser una sola, tanto más cuanto que existen motivos fuertes para que se rompa esa solidaridad. Razones históricas, razones etnográficas, llevan necesariamente a las tres divisiones clásicas, no a las divisiones geográficas, inexpresivas, ciegas, insignificantes de América del Sur, Central y del Norte, sino a las divisiones naturales de la América inglesa, española y portuguesa, a las tres lenguas, a las tres razas, a las tres tradiciones, a las tres historias.

Hay, sin duda, tres cuerpos americanos. Y el alma ¿será una sola? ¿dos? ¿tres? No es posible contestar categóricamente, pues la realidad, como siempre, es más sutil, más imprecisa, más viva que la inercia de un número abstracto.

Existen en principio dos almas en América, entre las cuales la oposición es sensible y son pocos los puntos de contacto: la de América latina y la de América anglo sajona. Mas, por un lado, no se puede decir que el alma de América Latina sea una sola, sino a aquellos que la consideran de lejos y superficialmente. Para nosotros, que vivimos en ella, las diferencias surgen; si bien es cierto que, al contrario de la escisión referida entre las dos Américas—latina e inglesa—la oposición aquí es pequeña y son muchos los puntos de contacto. De Méjico a Patagonia existe de hecho una comunicación moral, aunque cortada de rivalidades, de incomprensiones, de prejuicios, de ignorancias y desdenes recíprocos que nos dan la ilusión de que esas divisiones son irreparables. Mayor que todas, naturalmente, es la oposición entre el Brasil y los demás pueblos sub-

latinos del continente. No podemos esconder la barrera que la lengua y la tradición política imponen, contrariando otros postulados de aproximación, como la raza, la religión, el arte, los ideales, la civilización material, la cultura toda de origen neolatino, el alma, al fin. Por más que éstos actúan, allá vienen inexorablemente la lengua y la política, envenenadora de los simples, fecundadora de preconceptos, contrariando la obra de la inteligencia y del corazón.

El fenómeno no parece apenas nuestro. Aun hace poco, Ortega y Gasset decía encontrarlo en toda la civilización moderna: «El cosmopolitismo intelectual se afirma sobre la tierra, en significativo contraste con el fracaso del internacionalismo político».

Lo mismo sucede entre nosotros. Y mientras la lengua, la historia y la política nos dejan, la inteligencia va luchando por vencer los obstáculos. Sé bien cómo es precario su poder junto al de aquellos factores prácticos, espontáneos, accesibles a la masa, que nos separan. Lo más que ella puede alcanzar, y ya será mucho el conseguirlo, es corregir las fuerzas de repulsión, equilibrarlas o posiblemente orientarlas en parte.

* * *

Lo curioso es que el primer paso que se debe dar es el de vencer la inercia de esas mismas clases cultas, a quienes corresponde el deber de compensar por la inteligencia y por el alma, los imperativos tradicionales o empíricos que estimulan aquella inercia. Uno de los puntos de divergencia entre el Brasil y las demás naciones sub-latinas de América, es justamente la mayor proximidad intelectual de Europa que la historia de su inteligencia demuestra. Eso concurrió para aislarlo. Jamás nos preocupamos de saber qué es lo que se escribe o lo que se piensa en esos países que se enfrentan con nosotros, y ellos a su vez nos ignoran absolutamente. Cada vez que un uruguayo, un argentino, un chileno, un mejicano o un peruano nos visita, resultan las exclamaciones, las sorpresas, las revelaciones, las des-

ilusiones y todo lo demás que lo inesperado provoca. Cada vez que nos abalanzamos hasta allá, lo mismo sucede, inversamente.

¡Y cuántas veces el camino más largo es aún el más corto! Fué justamente lo que sucedió conmigo y la primera de esas tres poetisas sudamericanas sobre las cuales quiero discurrir brevemente—una uruguaya, una chilena, una argentina: Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral y Alfonsina Storni.

Me encontré con Juana de Ibarbourou en la «*Révue de Genève*».

No quiero dudar de que aquí algunos la conociesen, que supiesen de memoria sus versos, que tuviesen en casa sus libros, que le admirasen en silencio. Pues a mí nada de esto sucedía. Jamás había oído su nombre. Jamás había leído un verso suyo. Era la nada para mí. Un bello día me sorprendí leyendo—¿sería excesivo decir deslumbrado?—algunos poemitas suyos traducidos en aquella Revista por Francisco de Miomandre. Y no me quedó duda alguna. Había allí un poeta, una criatura espontánea, de alma virgen, y una admirable claridad de expresión humana y moza.

Y mandé venir sus libros. Y procuré saber quién era esa niña fresca y franca, tan sabrosa de expresión, tan abierta de instintos, cuya poesía tenía realmente un perfume raro de aire libre, de campo abierto, de floresta húmeda, de naturaleza. Y supe que no era una niña. Un alma buena, pura, simple, transida por la maternidad que se acerca, apasionada por un hijo, viviendo reclusa en su hogar, en un suburbio de Montevideo, a quien no le gusta hablar de literatura, que escribe versos para su alegría o para conformar su tristeza, su *saudade*.

Sus versos tienen un gusto de fruta madura. Son puro instinto, puro impulso de la naturaleza. Siéntese que vienen realmente del fondo de un alma sin ambages, cristalina, tímida, pero toda naturalidad, impulso de adolescencia. Habla a cada momento de sus quince años de «chicuela salvaje y alegre»; y si un frescor de viento matinal mece sus primeros versos, poco a poco va descendiendo la melancolía como esos crepúsculos en que los vientos expiran.

La juventud, la mañana, el rocío de las madrugadas, la claridad cantante de las fuentes entre helechos, la alegría de la infancia de las cosas, de los instintos de la vida es lo que vale para ella. Mas a cada momento pasa un presentimiento de lo efímero. Y ella canta deliciosamente así:

Tómame ahora que aun es temprano
Y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aun es sombría
Esta taciturna cabellera mía.

Ahora que tengo la carne olorosa,
Y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora que calza mi planta ligera
La sandalia viva de la primavera.

Ahora que en mis labios respira la risa
como una campana sacudida aprisa.

Después... ah, yo sé
Que ya nada de eso más tarde tendré!

Aun siendo una criatura toda impulsos, toda instintos, no tiene la impudicia cerebral, tan común cuando huye el pudor. Tiene algo de sano el color de juventud con que abre sus sentidos a la vida. Y refleja así en sus versos toda esa alegría salvaje con que pasó la infancia entre árboles y aguas; y más tarde, ahora, la melancolía con que siente cada vez más lejanos los tiempos en que podía decir:

Mi cuerpo está impregnado del aroma ardoroso
De los pastos maduros. Mi cabello sombroso
Esparce, al destrenzarlo, olor a sol y a heno
A salvia, a yerbabuena, y a flores de centeno.

Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena
Cual si fuera la diosa del trigo y de la avena!
Soy casta como Diana
Y huelo a hierba clara nacida en la mañana!

Sus poemas en prosa tienen la misma claridad y frescura, y después la misma melancolía de sus versos. Eduardo Barrios, un día, escribiendo sobre un libro suyo, en donde esa melancolía era más penetrante, decía inquieto ya en el título del artículo: «¿Juana de Ibarbourou se entristece?»; tanto su alegría sana, espontánea, salvaje, constituye ya un bien de las letras americanas.

Y Barrios, intranquilo con la alegría desfalleciente de Juana de Ibarbourou, pensaba tal vez en la tristeza de su noble compatriota, esa gloriosa Gabriela Mistral.

* * *

Se entenderán las dos, porque todos se entienden por encima de cierta elevación; pero el contraste es sensible entre ambas.

Tanto tiene, o tenía a lo menos, la autora de «Lenguas de diamante», de primaveral, de natural, de matutino, cuanto tiene Gabriela Mistral de grave, de interior, de severo. La Ibarbourou es toda de la tierra, la Mistral tiene los ojos en el cielo, el pensamiento siempre en las fuerzas superiores que nos guían. No quería publicar sus versos. Los tenía dispersos, sin intención de reunirlos en volumen, cuando la obligaron a lanzarlos, y dió a su libro el nombre expresivo de «Desolación». Mientras Juana de Ibarbourou era a los quince años una niña traviesa, salvaje, perdida entre arbustos e insectos, entregada a las fuerzas de la tierra, Gabriela Mistral desde niña lo que más admiró fué la «mujer fuerte» que sabe vencer las desgracias y los malos tratos; fué el dolor de Jesús, el sacrificio, el coraje, el saber. No pide a Dios la felicidad. Pide dones más nobles y también más recios:

Dame tú el don de la salud,
la fe, el ardor, la intrepidez,
séquito de la juventud;

y la cosecha de verdad,
la reflexión, la sensatez,
séquito de la ancianidad.

Dichoso yo si, al fin del día,
un odio menos llevo en mí;
si una luz más mis pasos guía
y si un error más yo extinguí.

No es que Gabriela Mistral hubiera sido un alma cerrada para el amor, destino más alto y espiritualización de todas las mujeres nobles. Es que la habían herido los afectos de la tierra. Pero, aun a estos mismos, no se entregó como un cuerpo ávido de placer, sino como un alma ansiosa de repercusión. Su amor:

«Es el que está en el beso y no es el labio».

Después, no pudiendo expansionar aquel instinto profundo de maternidad, que emana de toda su obra y de su vida, fué a ser la madre de los hijos ajenos, fué a ser maestra, una de las más admirables maestras de Chile y de renombre continental.

Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y sólo de Ti espero,
¡Padre Nuestro que estás en los cielos! Recoge
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!

Si acaso a su poesía faltan aquella frescura, aquella gracia juvenil, aquel vuelo de abeja de flor en flor, aquel abandono entre las hojas y las aguas, aquella limpidez de verso, aquel sa-

bor de fruta jugosa de los versos de la uruguaya, le sobran por otro lado una elevación, una nobleza, una gravedad dolorosa, un sentimiento de las cosas abstractas, un reflejo de lo divino, que faltan a la poesía de Juana de Ibarbourou.

* * *

Entre Juana de Ibarbourou, la «chicuela salvaje» y Gabriela Mistral «la mujer fuerte», entre la poesía sana, fresca, pagana de la poetisa uruguaya, toda perfumada de amor y de naturaleza, y la poesía grave y noble, mística e intelectual de la musa chilena, se yergue hoy en la Argentina, la obra de Alfonsina Storni, menos expresiva, por cierto, que las de aquellas dos, menos señaladamente personal.

Alfonsina Storni no tiene ni la simplicidad audaz, aunque ingenua, de Juana de Ibarbourou, ni la serenidad cerebral de Gabriela Mistral.

No posee la unidad de carácter de cualquiera de las dos. Es más fragmentaria, más compleja, menos vigorosa que las otras. Cuando niña, ni galopaba por los prados en busca de frambuesas, ni se detenía en los campos para admirar, compungida, a la mujer que trabajaba para alimentar a sus hijos, abandonados por el padre. Su infancia fué más precoz, más tempranera. Floreció antes de tiempo y no llegó a conocer la enfermedad.

«Nací yo sin blancura; pequeña todavía, el pequeño cerebro se puso a combinar».

Y así, prematuramente sazonado, fué penetrando, analizando las ideas, sintiendo la vida muy cerca, sin antojos y con la curiosidad cada vez más abierta, «podando jardines de todo jaez».

Mientras sus dos contemporáneas—los otros vértices de ese triángulo poético femenino, que va de Montevideo a Santiago, y de allí a Buenos Aires—llaman el mundo hacia ellas, una por los sentidos, la otra por la reflexión, Alfonsina Storni dejó que su alma se perdiese en el mundo:

Esto es amor, esto es amor: yo siento
En todo átomo vivo un pensamiento

Y soy una y soy mil; todas las vidas
Pasan por mí. me muerden sus heridas.

Más sumisa, algunas veces, dejando su sensibilidad femenina más aparente, tiene versos de «languidez» verlainiana, como en el nocturno en que dice:

Es muy dulce el silencio de esta hora;
Hay algo en el jardín que tiembla y llora.

Oh ven, que entre tus manos haré almohada,
Para apoyar mi testa desolada.

Te esperaré sentada en nuestro banco,
Y por gustarte vestiré de blanco.

Pero luego la ironía rompe ese aniquilamiento de sí misma, y una carcajada corta el silencio de la hora melancólica: «Me río de todo, del diablo hasta Dios», dice ella. Nada dejó en su alma, sino esa desarmonía irreprimible de «leona y de mariposa», de dulzura y de crueldad, de sumisión y de tiranía, de ingenuidad y de sarcasmo.

Mas, al fin, no son las vacilaciones de los poetas lo que nos importa. En sus versos ¿qué hacen ellos sino expresar lo que los demás callan? Como todos los hombres, ríen y lloran, son buenos y son malos, dominan sus instintos o se dejan vencer por ellos, confórmanse con la vida silenciosa, o lánzase en el tumulto, sufren o se alegran, admiran o se disillusionan. Viven, en fin.

Sólo que la mayoría de los hombres, de los hombres de alma y de inteligencia, por supuesto, que pasan por todo eso, transitan callados. Sufren en sí mismos, silenciosos y aislados, o alégranse con pocos íntimos; dejan que la vida pase, o pul-

sándola en silencio y dejando morir los sonidos en su mundo interior, o evitando pasar los dedos por las teclas con recelo o con desdén de los sonidos que de ellas surgirán. Los poetas no son por lo tanto criaturas excepcionales, aunque así se les crea muchas veces. Lo que los distingue realmente es que *viven en voz alta*, mientras que la mayoría de los hombres de alma también vive, pero en voz baja.

No nos importa, por lo tanto, sino secundariamente, saber la curva de la vida de un poeta. No varía grandemente, radicalmente, de la curva vital de cada uno de nosotros. Lo que varía es la expresión, es el sonido de esa vida. Los hombres son siempre pianos cerrados, en donde el son reposa, duerme inconsciente de sí mismo. La mayoría de ellos jamás levanta siquiera la tapa. Hasta ignora que se pueda arrancar cualquier sonido de esa caja sombría. Algunos ensayan y desafinan. Abandonan, los más inconscientes. Prosiguen, los más vanidosos o ciegos.

Algunos, algunos pocos y raros y felices—¡cuántas veces desgraciados!—entonan el himno que en los demás silencia, o la melodía triste, o el vivo *scherzo* adolescente, la compleja politonía o la armonía noble, los arabescos sutiles o la ancha onda sonora que todo lo comprende en sí. Y los demás hombres reconocen entonces su propio piano y, por la voz de aquel privilegiado, descubren los misterios propios. La expresión individual se vuelve así una revelación colectiva.

Por eso no importa esencialmente saber cuál es el dolor o la alegría de un poeta, cuáles son sus ideas o su temperamento, sino después de saber cuál es la fuerza, la capacidad de su expresión. El alma, en general, no es la que varía. Lo que varía es la traducción de esa alma, es el secreto de sacar de ella todo lo que la naturaleza o la Providencia en ella colocó.

Alfonsina Storni, por lo tanto.—volviendo a la poetisa argentina—no es, como ninguna de sus contemporáneas, un instrumento de cuerdas inéditas. Hasta es, frecuentemente, vulgar y superficial. Apenas la virtuosidad en sacar de sus cuerdas la sutileza de ciertos sonidos bien femeninos señala su alma de

poeta. Realmente, entre las dos compañeras se acerca más a Juana de Ibarbourou que a Gabriela Mistral; y siendo tal vez más moderna, es menos naturalmente original; buscando ser más compleja, menos vigorosa y espontánea, más cerebral.

Su último libro «Languidez» indica, por cierto, un nuevo paso hacia una poesía más objetiva, menos ansiosa y jadeante, posiblemente más serena y armoniosa. Con tal que continúe diciendo bien, suprime ciertas imperfecciones y no pierda la juventud...

TRISTAN DE ATHAIDE